



**Los primeros pasos en el Caminito de Santa
Teresita de Niño Jesús**

El Padre Peter John Cameron, O.P.

Caballeros de Colón presenta

La Serie Veritas

“Proclamando la fe en el Tercer Milenio”

Los primeros pasos en el Caminito de Santa Teresita del Niño Jesús

Por

EL PADRE PETER JOHN CAMERON, O.P.

Editor General

Padre Juan-Diego Brunetta, O.P.

Director del Servicio de Información Católica

Consejo Supremo de los Caballeros de Colón

Nihil Obstat
Censor deputatus
Monsignor Reverendo Francis J. McArre, S.T.D.
Imprimatur
Monsignor Reverendo Robert A. Brucato, D.D.
General del vicario, Archdiocese of New York
28 de diciembre del 2000

El Nihil Obstat y el Imprimatur son declaraciones oficiales de que un libro o folleto está libre de error doctrinal o moral. No implica que quienes han concedido el Nihil Obstat e Imprimatur estén de acuerdo con el contenido, las opiniones o las declaraciones expresadas.

© 2011 del Consejo Supremo de Caballeros de Colón. Todos los derechos reservados.

Portada: Santo Thérèse de Lisieux que sostiene un lirio, julio de 1896. La foto fue tomada por Sister Genevieve de la cara santa (el Saint' hermana de la sangre de s, Celine) en el patio de la sacristía del convento carmelita. © Sede de Lisieux, Francia.

Este folleto no puede ser reproducido o transmitido ni total ni parcialmente en ninguna forma ni en ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones ni registrado por ningún sistema de recuperación de información sin la autorización escrita del editor. Escriba a:

Knights of Columbus Supreme Council
Catholic Information Service
PO Box 1971
New Haven, CT 06521-1921
www.kofc.org/sic
cis@kofc.org
203-752-4267
203-752-4018 Fax
Impreso en Estados Unidos de América

Santa Teresita del Niño Jesús

Doctora de la Iglesia

¿Por qué en 1997 la Iglesia concedió el título de “Doctora de la Iglesia” a una persona tan profundamente querida como “La Florecita”.

En los escritos de Teresita, que no son muchos, la santa hace referencia a los Doctores de la Iglesia al menos once veces. Pero en un párrafo parece cuestionar que los Doctores de la Iglesia sean realmente necesarios. Teresita escribe:

Jesús no tiene necesidad de libros ni de doctores para instruir a las almas. Él, el Doctor de los Doctores, enseña sin ruido de palabras... Yo nunca le he oído hablar, pero siento que está dentro de mí, y que me guía momento a momento y me inspira lo que debo decir o hacer (Historia de un alma, Editorial de Espiritualidad, Burgos, 1982).

Doctores de la Iglesia

Entonces, ¿por qué la Iglesia distingue a algunos santos como Doctores de la Iglesia? El Papa Juan Pablo II lo explica claramente:

Cuando el Magisterio proclama Doctor de la Iglesia a alguien, es con la intención de señalar a todos los fieles, en particular a los que llevan a cabo en la Iglesia el servicio fundamental de

la predicación - o que realizan la delicada tarea de la enseñanza teológica y la investigación - que la doctrina profesada y proclamada por una determinada persona puede ser un punto de referencia, no sólo porque se ajusta a la verdad revelada, sino también porque arroja nueva luz sobre los misterios de la fe, una comprensión más profunda de los misterios de Cristo (Santa Teresa de Lisieux, Doctora de la Iglesia; Homilía del Santo Padre Juan Pablo II, Domingo 19 de octubre de 1997, Jornada mundial de las misiones - 3).

Normalmente, la decisión de declarar Doctor a un santo se basa en tres condiciones: la sabiduría eminente del candidato, su alto grado de santidad y la proclamación de la Iglesia.

Sin embargo, esta declaración no es en modo alguno una decisión *ex cathedra* - ni tampoco afirma que la enseñanza del Doctor está absolutamente exenta de errores. En otras palabras, proclamar Doctor de la Iglesia a un santo no es esencial para la vida de la Iglesia, sino que realza la belleza de la Iglesia. Santa Teresa es Doctora de la Iglesia, porque lo que Jesús, el “Doctor de los Doctores,” inspira a Teresita a decir y hacer realza la belleza y la vida de la Iglesia. Lo que Teresita dice y hace arroja nueva luz sobre los misterios de la fe, y brinda una comprensión más profunda del misterio de Cristo.

De hecho, Santa Teresita tuvo una premonición fruto de la gracia sobre el 19 de octubre de 1997, cuando el Papa Juan Pablo II declaró a Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz Doctora de la Iglesia Universal. Teresita escribió en su autobiografía:

Siento en mi interior otras vocaciones...siento la vocación de doctor...Sí, a pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas como los profetas y como los doctores (Historia de un alma).

No sólo eso, otros reconocieron esta vocación en ella. Acerca de sus días de escuela primaria, Teresita escribió:

Retenía con facilidad el sentido de lo que estudiaba, pero me costaba trabajo aprender de memoria. En cuanto a la catequesis, mis esfuerzos fueron coronados con el éxito y yo era siempre la primera. El abate Domin estaba muy contento de mí y me llamaba su doctorcito, debido a mi nombre de Teresita (Historia de un alma).

Pero quizás el mayor indicio de por qué Teresita merece ser Doctora de la Iglesia se puede encontrar en un pasaje que para algunos puede parecer contradictorio:

El amor de Nuestro Señor se revela lo mismo en el alma más sencilla que no opone resistencia alguna a su gracia, que en el alma más sublime. Y es que, siendo propio del amor el abajarse, si todas las almas se parecieran a las de los santos doctores que han iluminado a la Iglesia con la luz de su doctrina, parecería que Dios no tendría que abajarse demasiado al venir a sus corazones. Pero él ha creado al niño, que no sabe nada y que sólo deja oír débiles gemidos; ¡Y también a sus corazones quiere él descender! Abajándose de tal modo, Dios muestra su infinita grandeza (Historia de un Alma).

La Iglesia nunca ha proclamado Doctor de la Iglesia a un mártir. Sin embargo, en Teresita, tal vez por primera vez, la Iglesia declara Doctora a alguien que es también un alma sencilla, infantil, una que verdaderamente ilumina a la Iglesia, precisamente en la forma en que invita con humildad a Dios a abajarse a ella. En una misma y pequeña alma, Dios revela perfectamente su amor y nos da un maestro para enseñarnos la forma de comprender la grandeza infinita de su amor.

Entonces, es evidente, que Teresita es un nuevo tipo de Doctor, un tipo que incluso Teresita no concebía. El Papa Juan Pablo II confirma lo anterior cuando afirma:

Teresita del Niño Jesús no sólo captó y describió la profunda verdad del amor como centro y corazón de la Iglesia, sino que

la vivió intensamente en su breve existencia. Precisamente esta convergencia entre la doctrina y la experiencia concreta, entre la verdad y la vida, entre la enseñanza y la práctica, resplandece con particular claridad en esta santa, convirtiéndola en un modelo atractivo especialmente para los jóvenes y para los que buscan el sentido auténtico de su vida.(ibíd.).

Dios elevó a Santa Teresita del Niño Jesús a Doctora de la Iglesia, para permitirnos comprender y vivir la verdad profunda del amor divino con la misma intensidad con que ella lo vivió. O para decirlo de otro modo, la Iglesia proclamó a Santa Teresita Doctora de la Iglesia con el fin de ayudar al pueblo de Dios a amar el amor que es misericordia.

Sin embargo, la pregunta sigue siendo: ¿Por qué necesitamos un Doctor de la Iglesia que nos enseñe a amar el amor que es misericordia? Y la respuesta es que, una y otra vez en este aspecto, vacilamos y fallamos.

Amar el Amor que es Misericordia

Una de las influencias verdaderamente diabólicas en el mundo es el intento de destruir e ignorar la misericordia de Dios. Esta maligna influencia ha creado graves tensiones espirituales en la Iglesia desde los primeros momentos de su historia.

Y Teresita experimentó en sí misma estas graves tensiones espirituales en el pequeño Carmelo de Lisieux, que aún no tenía cincuenta años. El problema central es que estas tensiones espirituales convirtieron a Dios en un extraño. Al enfatizar demasiado la trascendencia de Dios - su eterna majestuosidad y supremacía - subestimando el dinamismo de la justicia divina, el dios que muchas personas veneraban no era el verdadero Dios del Cristianismo.

De hecho, el intento por parte de muchos testigos cristianos para proteger la soberanía del Señor Todopoderoso forzó a Dios a

entrar en una especie de programa de testigos protegidos: la gente no podría haber conocido a Dios aunque lo hubiera deseado. Su actitud volvió a Dios irreconocible, impersonal, sin rostro, formidable, inaccesible, casi anónimo.

Este enfoque defectuoso de Dios fue causado en gran parte por la herejía del Siglo XVII llamada Jansenismo. El Obispo Guy Gaucher escribe sobre esto en su libro *Historia de una vida*:

Algunos carmelos se habían desviado hacia indiscretas prácticas ascéticas, a veces hacia un estrecho moralismo. El Carmelo de Lisieux no había escapado a estas tendencias que alentaba el clima general del cristianismo francés, con sus inclinaciones jansenistas. El espíritu de penitencia y mortificación estaba en peligro de anteponerse al dinamismo del amor. Más de una Carmelita fue aterrorizada por Dios el Juez. (*Historia de un alma*, Editorial de Espiritualidad, Burgos, 1985).

Por supuesto, la forma confusa en que la gente pensaba acerca de Dios, deterioraba a su vez la forma en que las personas se relacionaban con Dios. La piedad se redujo al apaciguamiento. La gente hacía obedientemente lo que la Iglesia prescribía con el fin de evitar el castigo. El pensamiento jansenista era el trato con Dios, “así Dios se ocupará de mí”.

Pierre Descouvemont se refiere a esto en su magnífico libro *Teresa y Lisieux* cuando escribe:

Para salvar el mundo, las almas consagradas fueron, de hecho, alentadas a ofrecerse como víctimas a la justicia de Dios con el fin de que recayera sobre sí mismas la ira de Dios tres veces Santo, dispuesto a atacar a los pecadores. Al aceptar los rayos de Dios, estaban felices de actuar de algún modo como pararrayos benefactor (Madrid, Editorial Espiritualidad, 1991)

Y este fue el mundo al que ingresó la joven carmelita, Teresa Martin.

Ese mismo libro cuenta la historia de cómo la Hermana Teresita se sintió perturbada al leer el obituario de una monja carmelita de otro lugar de Francia. El obituario decía que la hermana se había habituado a ofrecerse a sí misma “como una víctima a la justicia divina”. En su agonía, a la monja moribunda se le escuchó gritar de dolor, “¡soporto los rigores de la justicia divina! ¡Justicia Divina! ¡No tengo suficientes méritos, debo obtener más!”. Esto fue lo que hicieron los bien intencionados religiosos jansenistas (ibíd.).

Otro ejemplo. La oración al reverso de una popular tarjeta santa del día decía: “Santo Padre, mira a tu Único Hijo, el objeto de tu eterna benevolencia y, por amor a Él, sálvanos a pesar de nuestros crímenes. Mira a Jesús y a María...y el rayo caerá de tus manos divinas” (ibíd.).

Pero lo triste es que Teresita no tenía que mirar a otras carmelitas para experimentar un trastorno tan espantoso. Por desgracia, se había deslizado en su propio monasterio y lo había contaminado. Resulta claro en la historia de la Hermana Sor San Juan Bautista quien quiso adquirir santidad por la fuerza de sus propios esfuerzos, multiplicando las oraciones y penitencias. Acusó a Teresita de confiar demasiado en la misericordia de Dios de manera que descuidaba la justicia divina. Y por esta razón la hermana Teresita consideraba a Sor San Juan Bautista, en sus propias palabras, como “la imagen de la severidad de Dios” (Ibid.).

¡Pero el contagio no terminó ahí! Incluso la subpriora de la comunidad, la Hermana Febronie, pensaba que Teresita enfatizaba demasiado la misericordia de Dios y había olvidado su justicia, y ambas debatían al respecto amistosamente. Pero la hermana Febronie no quiso entrar en razón, y la Hermana Teresita finalmente tuvo que decirle: “Hermana, usted desea la justicia de Dios y tendrá la justicia de Dios. Porque el alma recibe de Dios exactamente lo que espera” (ibíd.).

¿Qué esperamos de Dios? ¿Esperamos lo suficiente? Porque Dios no se define a sí mismo como “la justicia”, se define a sí mismo como amor. Es lo que espera que nosotros esperemos de Él. Y Santa Teresita del Niño Jesús, Doctora de la Iglesia, eleva nuestras expectativas enseñándonos a amar el amor que es misericordia.

Lamentablemente, la maldición de estas nociones jansenistas equivocadas se tradujo en dificultades trágicas y prácticas. Por ejemplo, a finales de 1800, la Iglesia comenzó a animar a los católicos a recibir la Santa Comunión con frecuencia y el capellán del Carmelo quería ofrecer con frecuencia la Comunión a las monjas. Pero la práctica jansenista restringía la recepción de la Comunión a muy raras ocasiones. Por ello la Madre Priora de la comunidad, la Madre María de Gonzaga, no escuchó al capellán cuando él imploró que la Comunión se ofreciera con frecuencia a las hermanas. Porque la Madre Gonzaga no quería saber nada de lo que ella consideraba como una medida exótica.

En este sentido, Teresita no estaba de acuerdo con su Madre Superiora. Y la Hermana Teresita respetuosamente se lo hizo saber. Teresita escribió: “Jesús no cae del cielo todos los días con el fin de permanecer en un copón dorado, sino para encontrar otro cielo, el cielo de nuestra alma, en la que toma su deleite” (Historia de un alma).

Irónicamente, fue durante la mortal epidemia de influenza en 1891, en la que toda la comunidad de Carmelitas fue casi borrada del mapa, cuando la Hermana Teresita consiguió su deseo. Como era una de las pocas hermanas sanas durante el brote, Teresita cuidó de las enfermas, enterró a las muertas, y también aprovechó la oportunidad de recibir diariamente la Sagrada Comunión.

A pesar de todo, la Madre Gonzaga no cedería ante la petición de Teresita de tomar más frecuentemente la Sagrada Comunión. Y así, Teresita la miró, y dijo con decisión: “Madre Gonzaga, cuando me muera, yo le haré cambiar de opinión” (The Hidden Face, Ida Friederike Gorres, New York: Panteón, pp 234-35).

¡Eso fue precisamente lo que hizo! La gran revisión de las prácticas litúrgicas emprendida por el Papa Pío X se atribuyó en gran medida a la intercesión de Santa Teresita. Una historia maravillosa: unos días después de la muerte de Teresita, un sacerdote recién ordenado llegó al Carmelo de Lisieux, donde predicó su primer sermón sobre las palabras: “Venid y comed mi pan”. Poco después, con la bendición de la Priora, el capellán introdujo al Carmelo la comunión diaria.

Teresita estaba tan convencida de lo mucho que necesitamos amar el amor que es misericordia - en lugar de algún capricho absurdo e inepto con la justicia - que fue el tema de una pequeña obra navideña que escribió e interpretó para la comunidad en 1894.

En la obra, el Ángel del Juicio Final se acerca al niño Jesús en el pesebre y le dice:

¿Has olvidado, Jesús, ¡oh belleza suprema!, que finalmente el pecador debe ser castigado? Castigaré el delito en el juicio, quiero exterminar a todos los ingratos. ¡Mi espada está lista! ¡Jesús, dulce víctima! ¡Mi espada está lista! ¡¡¡Estoy listo para vengarte!!! (Theatre au Carmel, París: DDB Cerf, 1985, p. 108.)

Y el niño Jesús responde:

¡O hermoso ángel! Baja tu espada.

No te corresponde juzgar la naturaleza que sostengo en alto y que deseo redimir.

¡El único que juzgará al mundo soy yo, el que se llama Jesús! El rocío de mi Sangre que da la vida purificará a todos mis elegidos.

¿No sabes que las almas fieles siempre me dan consuelo frente a las blasfemias de los infieles con una simple mirada de amor? (Ibíd.)

Esta pequeña escena dramática demostró ser profética. En ella vemos anunciado de antemano el modelo mismo por el que Teresita sería proclamada Doctora de la Iglesia. Escuchamos a una

pequeña niña...hablando con la voz fidedigna de Dios...corrigiendo un concepto destructivo de la justicia divina...ofreciendo una nueva forma de comprender el amor de Dios...y transformando el mundo a través de una enseñanza de la misericordia de Dios inspirada por la gracia.

Justicia y misericordia

Teresita, Doctora de la Iglesia, nos enseña a amar el amor que es misericordia de una manera que presagia la enseñanza magistral del Papa Juan Pablo II sobre la teología de la justicia y la misericordia en su Encíclica *Dives in misericordia* de 1980. En esta encíclica, el Santo Padre nos enseña que la misericordia es el segundo nombre del amor, es decir, su sobrenombre. Y toda justicia debe basarse en el amor. La auténtica justicia se deriva de este amor y tiende hacia él. Para decirlo de otro modo, la misericordia es la fuente de la justicia. Como resultado, la misericordia condiciona a la justicia para que la justicia esté al servicio del amor.

¿Por qué el mundo necesita tan entrañablemente esta misericordia, y un Doctor de la Iglesia que nos la enseñe? Porque, como el Santo Padre pone de manifiesto, un mundo sin misericordia y perdón se convertiría en un mundo de justicia fría e insensible. El egoísmo corrompería a la sociedad hasta convertirla en un sistema de opresión de los débiles por los fuertes, un mundo de división, segregación, y lucha sin fin. Por desgracia, sabemos demasiado bien cuán impotente es la justicia sola para transformar el mundo.

¡Por eso necesitamos la misericordia de Dios! Porque la misericordia confiere a la justicia un contenido nuevo, un contenido que se expresa en el perdón. Cuando reina la misericordia, están presentes la compasión, la piedad, la generosidad y la benevolencia.

Solo el amor que es misericordia es capaz de restaurar a los hombres y las mujeres a sí mismos. Por eso Dios se nos revela

como misericordia, nada más ni nada menos. Porque la misericordia es el contenido de nuestra intimidad y de nuestro diálogo con Dios. La misericordia es lo que significa nuestra amistad con el Señor. La misericordia es el aire que respiran los cristianos y la lengua que hablamos. Si no sabemos hablar de misericordia, entonces no tenemos nada que decir a Dios.

Santa Teresita del Niño Jesús, Doctora de la Iglesia, nos enseña cómo hablar el lenguaje de la misericordia. Porque Dios quiere que el mundo lo recuerde precisamente de la forma en que se revela al mundo. Esto motiva a Teresita a gritar:

En todas partes [el amor de Dios] es desconocido y rechazado. Los corazones a los que tú deseas prodigárselo se vuelven hacia las criaturas, mendigándoles a ellas con su miserable afecto la felicidad, en vez de arrojarse en tus brazos y aceptar tu amor infinito... Entre sus propios discípulos, ¡qué pocos corazones encuentra que se entreguen a él sin reservas, que comprendan toda la ternura de su amor infinito! (Historia de un alma).

Fue esta ignorancia por parte de muchos lo que llevó a Santa Teresita a declarar en su lecho de muerte:

Pero presiento, sobre todo, que mi misión va a comenzar: mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo, de dar mi caminito a las almas. Si Dios escucha mis deseos, pasaré mi cielo en la tierra hasta el fin del mundo. Sí, yo quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra. (Santa Teresa de Lisieux: Obras completas, Editorial Monte Carmelo, Madrid, 1976)

Por supuesto, algunos argumentarán que a la Iglesia de hoy ya no le preocupa la paranoia jansenista. Pero parece, por la forma en que damos por sentada la misericordia de Dios y la confundimos con la justicia, actuando como si tuviéramos derecho a ella, como si hubiéramos pasado al otro extremo.

Muchos de nosotros albergamos un sentimiento de “derecho”, como si Dios nos debiera algo. La mayoría de las preguntas que le

hacemos a Dios que comienzan con la expresión “por qué”, asumen que Dios nos debe algo y que está eludiendo su parte del trato. Preguntas como: “¿Por qué no me respondes a mis oraciones cuando quiero y en la forma que quiero?”. ¿”Por qué sufren las personas buenas?”. ¿”Por qué a mi vecino le va mejor que a mí?”.

La justicia por sí sola no puede responder adecuadamente a estas preguntas. Solo este amor que es misericordia puede dar satisfacción. Quizás la Iglesia necesite más que nunca la forma radical de Teresita de creer en el amor de Dios por nosotros y de responder a dicho amor.

- ¿Cuántas personas están obsesionadas con tratar de probarle a Dios su mérito?
- ¿Cuántas personas piensan en la gracia de Dios como el “mérito a lograr” por el que se esfuerzan en el trabajo?
- ¿Cuántas personas equiparan la santidad con “solo intentarlo un poco más?”
- ¿Cuántas personas piensan que pueden hacer algo “bueno” y que merecen el cielo, sin contar con la gracia de Dios?

Estas personas no entienden la misericordia del Evangelio. Y esta ignorancia es una neoplasia maligna en la Iglesia que pide a gritos un Doctor. Y Dios nos lo ha dado en Santa Teresita del Niño Jesús, que nos enseña a amar correctamente el amor que es misericordia.

Santa Teresita nos sana mientras nos educa. Una vez escribió:
No puedo concebir una mayor inmensidad de amor del que te has dignado prodigarme a mí gratuitamente y sin mérito alguno de mi parte...Si a tu justicia, que sólo se extiende a la tierra, le gusta descargarse, ¡cuánto más deseará abrazar a las almas tu amor misericordioso, pues tu misericordia se eleva hasta el cielo...! Solo el amor nos hace aceptables ante Dios...ya no habla de amar al prójimo como a uno mismo,

sino de amarle como él, Jesús, le amó y como le amaré hasta la consumación de los siglos...(Historia de un alma).

Pero seamos claros: La doctrina de Teresita no acaba con la justicia divina. Por el contrario, sus enseñanzas purifican las falsas nociones y elevan la justicia divina a su lugar legítimo en la vida espiritual.

Teresita nos ayuda a ver que la justicia de Dios consiste en que Dios nos da lo que necesitamos para satisfacer a Dios. Así, la justicia significa recibir de Dios lo que no podemos ofrecerle por nosotros mismos sin Él. La justicia cristiana significa la búsqueda de Dios primero en Jesús. La justicia cristiana significa la búsqueda de Dios en Jesús, especialmente cuando nos sentimos tentados a descansar en nuestras propias fuerzas, en nuestros propios logros: en un falso sentido de derecho. Porque cuando buscamos primero a Dios en Jesucristo, Dios nos da lo que necesitamos para complacerlo. Y es a lo que se refiere el auténtico Evangelio de la justicia, dejar que Dios nos dé lo que necesitamos para complacerlo.

Esta hermosa verdad movió a Teresita a exclamar:

¡Ah! Señor, tú sabes bien que yo nunca podría amar a mis hermanas como tú las amas, si tú mismo, Jesús mío, no las amaras también en mí. Y porque querías concederme esta gracia, por eso diste un mandamiento nuevo...Para amarte como tú me amas, necesito pedirte prestado tu propio amor. (Historia de un alma).

Para decirlo de nuevo, la auténtica justicia cristiana es la obra del amor misericordioso de Dios por el que hace a sus hijos sólo dándoles lo que necesitan para agradar a Dios. Es el amor que Teresita, Doctora de la Iglesia, nos enseña a amar y a hacer nuestro.

El Padre María-Eugenio del Niño Jesús, que ha sido llamado uno de los “discípulos más importantes de Santa Teresita del Niño Jesús en el Siglo XX” y cuya causa de canonización ha sido

introducida, resume para nosotros todo esto cuando escribe que la misericordia

es el amor de Dios que se da más allá de todos los derechos y solicitudes...Lo que glorifica a Dios y “lo deleita” es ser capaz de entregarse, y entregarse libremente. Este fue el descubrimiento de Teresita: lo que da alegría a Dios es el poder dar más de lo estrictamente requerido por la justicia, libremente, en base a nuestras necesidades y exigencias de su naturaleza que es el amor y no en base a nuestros méritos....Desde el punto de vista de la redención, todas las cosas encuentran su sentido y razón de ser en la misericordia que rige la economía del mundo cristiano. El descubrimiento de esta verdad de fe divina en una luz tan simple y pura me parece la gracia más contemplativa y más importante dada a Santa Teresita del Niño Jesús (Tu amor creció conmigo, Editorial de Espiritualidad, Burgos, 1990).

Como Teresita lo dice simplemente: “El mérito no consiste en hacer mucho ni en dar mucho, sino más bien en recibir, en amar mucho... Para agradar a Jesús, cautivar su corazón, lo único que hay que hacer es amarle sin mirarse uno a sí mismo...” (Cartas de Santa Teresa de Lisieux: Obras completas, Editorial Monte Carmelo, Burgos 1976).

Entonces, ¿cómo podemos recibir mucho y amar mucho? ¿Cómo agradar a Jesús sin que, por una parte, caigamos en la trampa de esta pobre y moribunda monja que sentía que necesitaba más méritos para apaciguar la justicia de Dios o, por otro lado, convertirse en un personaje egoísta, satisfecho y presuntuoso de la misericordia de Dios, que actúa como si tuviera derecho a ella?

Y la sublime respuesta de la Doctora Teresita es la doctrina de la infancia espiritual en el Caminito. Como escribió al Padre Misionero Roulland: “La perfección me parece fácil: veo que basta con reconocer la propia nada y abandonarse como un niño en los brazos de Dios”. (ibíd.).

Una vez Teresita dio este consejo a una de sus novicias, Sor María de la Trinidad:

Si Dios quiere que seas tan débil e impotente como un niño, ¿crees que tu mérito será menor por eso? Resígnate entonces a tropezar a cada paso, incluso a caer, y a ser débil cargando tu cruz. Ama tu impotencia, y tu alma se beneficiará más de lo que si, ayudada por la gracia, actuaras con entusiasta heroísmo y llenaras tu alma de autosatisfacción. (St. Thérèse of Lisieux by Those Who Knew Her, Christopher O'Mahony, Dublin: Veritas, 1975, p. 250).

Desafortunadamente, algunos de los que se oponen a que se declare a Teresita Doctora de la Iglesia lo hacen porque niegan el mandato de Cristo de cambiar y ser como niños pequeños. Por el contrario, prefieren vivir con la ilusión de su propia excelencia autodidacta - su experiencia, su excepcionalidad - dando así rienda suelta a la ambición, la arrogancia, el egoísmo y la apatía.

El Caminito

¡Seamos realistas! El mundo no vive el Caminito. Si realmente viviéramos el Caminito:

- estaríamos complacidos de tomar el último lugar en la línea
- retrocederíamos ante los halagos
- nos regocijamos del éxito de nuestro prójimo
- no daríamos excusas por nuestros pecados
- seríamos rápidos para admitir nuestras debilidades
- preferiríamos permanecer ocultos que ser aclamados
- estaríamos agradecidos cuando otros nos criticaran y nos señalaran nuestros defectos
- no nos destrozaría la injuria y la injusticia que sufrimos

- seríamos insensibles a la condición mundana, la fama y el prestigio
- viviríamos en paz en medio de los conflictos del mundo, la agitación y la discordia.

La Iglesia necesita que Santa Teresita del Niño Jesús sea la Doctora de la Nueva Evangelización para enseñarnos a comprender, venerar, y para amar el amor que es misericordia. Su autoridad magisterial abarca especialmente:

- a aquellos que se sienten sin valor
- a aquellos que son indignos
- a aquellos que carecen de capacidad, educación, o ventaja
- a aquellos que son chantajeados por sus pecados
- a aquellos que viven en conflicto y confusión espiritual, anhelando la paz
- a todos aquellos que suspiran por conocer el significado de la vida y la manera de marcar una diferencia en un mundo hostil
- a aquellos que se sienten oprimidos por su pequeñez e insignificancia
- a aquellos que se sienten perdedores.

Como Teresita decía tan a menudo, “¡El perdedor siempre gana!” (A Memoir of My Sister St. Thérèse, Sister Genevieve of the Holy Face, Dublin: Gill MH, 1959).

La enseñanza de Teresita no es una ideología embriagadora, abstracta, especulativa. Por el contrario, Teresita vivió todo lo que enseñó. Como escribió en su autobiografía:

Espero descubrir cada día en mí nuevas imperfecciones...Por eso, ahora me resigno a verme siempre imperfecta, y encuentro en ello mi alegría... No soy más que una niña, impotente y débil. Sin embargo, es precisamente mi

debilidad lo que me da la audacia para ofrecerme como víctima a tu amor, ¡oh Jesús! (Historia de un alma).

Pero nos resistimos a esta doctrina, pensando que es demasiado fácil, demasiado simplista, ingenua, o ilusoria. Cuán brutalmente nos seducen las formas y los engaños del mundo.

El Santo Padre lo señaló el día en que declaró Doctora de la iglesia a Santa Teresa. El Papa dijo:

Frente al vacío espiritual de tantas palabras, Teresa presenta otra solución: la única Palabra de salvación que, comprendida y vivida en el silencio, se transforma en manantial de vida renovada. A una cultura racionalista y muy a menudo impregnada de materialismo práctico, ella contrapone con sencillez desarmante el “caminito” que, remitiendo a lo esencial, lleva al secreto de toda existencia: el amor divino que envuelve y penetra toda la historia humana. En una época, como la nuestra, marcada con gran frecuencia por la cultura de lo efímero y del hedonismo, esta nueva Doctora de la Iglesia se presenta dotada de singular eficacia para iluminar el espíritu y el corazón de quienes tienen sed de verdad y de amor. (Santa Teresa de Lisieux, Doctora de la Iglesia; Homilía del Santo Padre Juan Pablo II, Domingo 19 de octubre de 1997, Jornada Mundial de las Misiones - 5).

Y Teresita, Doctora de la Iglesia, ilumina nuestra mente y nuestro corazón al recordarnos que la misericordia divina nos mueve a reverenciar el sufrimiento como un privilegio redentor otorgado por Dios.

Vivir en el amor no es montar una carpa
En el Monte Tabor.
Es subir al Calvario con Jesús,
¡Es ver la Cruz como un tesoro!

Santa Teresita, Doctora de la Iglesia, nos enseña a amar el amor que es misericordia, reforzando el papel decisivo del sacrificio. Teresita escribió que “el amor se alimenta de

sacrificios.... porque el amor vive solo en el sacrificio, así si alguien se dedica completamente a amar, debe esperar ser sacrificado sin reserva” (Historia de un alma).

Teresita confiesa en sus escritos: “No tengo otra forma de demostrarte mi amor que arrojando flores, es decir, no dejando escapar ningún pequeño sacrificio, ni una sola mirada, ni una sola palabra, aprovechando hasta las más pequeñas cosas y haciéndolas por amor...En el sufrimiento y en medio de la lucha es posible gozar un instante de una dicha que excede a todas las alegrías de la tierra”. (Historia de un alma).

¡Y Teresita fue sacrificada! Demostró lo mucho que vivió esta Verdad en la forma en que se enfrentó a su tortuosa muerte, una muerte por tuberculosis que le destruyó casi todo un pulmón, por lo que literalmente murió asfixiada en su lecho de muerte, una agonía en la que los órganos internos de su cuerpo comenzaron a pudrirse con gangrena, incluso cuando ella aún estaba viva.

En el mes de julio antes de morir, en una carta al misionero Padre Roulland, Teresita escribió: “Lo que me atrae a la patria del cielo es el llamado del Señor, la esperanza de amarlo finalmente como tanto he deseado amarlo, y la idea de poder hacer que lo ame una multitud de almas que lo bendecirá eternamente”.

Teresita, Doctora de la Iglesia

El Santo Padre declaró que “el ardiente itinerario espiritual de Teresa manifiesta tal madurez, y las intuiciones de fe expresadas en sus escritos son tan vastas y profundas, que le merecen un lugar entre los grandes maestros del espíritu. (Santa Teresa de Lisieux, Doctora de la Iglesia; Homilía del Santo Padre Juan Pablo II, Domingo 19 de octubre de 1997, Jornada Mundial de las Misiones - 4).

En su autobiografía, Teresita recuerda un pequeño pero conmovedor momento en ese “ardiente itinerario espiritual”, una

historia sobre una noche en que estaba caminando a casa con su santo padre Luis. Teresita escribió:

Al volver a casa, iba mirando las estrellas, que titilaban dulcemente y en paz, y esa visión me fascinaba... Había, sobre todo, un grupo de perlas de oro en las que me fijaba muy gozosa, pues me parecía que tenían forma de T (poco más o menos esta forma). Se lo enseñaba a papá, diciéndole que mi nombre estaba escrito en el cielo, y luego, no queriendo ver ya cosa alguna de esta tierra miserable, le pedía que me guiase él. Y entonces, sin mirar dónde ponía los pies, levantaba bien alta la cabeza y caminaba sin dejar de contemplar el cielo estrellado... (Historia de un alma).

La antífona del *Benedictus* de los Doctores de la Iglesia proclama: “Los sabios brillarán como el fulgor del firmamento; y los que enseñaron a muchos la justicia serán como estrellas eternas”. Ahora es Santa Teresita, Doctora de la Iglesia, quien nos toma de la mano como a los hijos espirituales que nos ha enseñado a ser, y quien nos guía infaliblemente - para que podamos apartar nuestros ojos del mundo, y fijar nuestra mirada en el cielo - contemplando la radiante Verdad de la doctrina de Teresita en toda la belleza del Evangelio.

La futura Doctora de la Iglesia escribió en una carta al seminarista misionero Maurice Belliere, pidiéndole:

Me gustaría mucho que rezase todos los días esta oración en la que se encierran todos mis deseos: “Padre misericordioso, en el nombre de nuestro buen Jesús, de la Virgen María y de los santos, te suplico que abrases a mi hermana en tu Espíritu de amor y que le concedas la gracia de hacerte amar mucho” (Cartas de Santa Teresa de Lisieux, Obras completas, Editorial Monte Carmelo, Burgos, 1976).

La proclamación de Santa Teresita como Doctora de la Iglesia de alguna manera cumple con esta oración. Porque la fuerza del magisterio de la enseñanza de Teresita muestra que Dios la quería

mucho, ¡en la forma en que Dios quiere ser amado! y en la forma en que el mundo lo necesita tan intensamente.

En la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, el Papa Juan Pablo II habla de la “crisis de la civilización” (52) que estamos sufriendo. El Santo Padre condena el hecho de que la civilización está “empobrecida por su tendencia a olvidar a Dios, mantenerlo a distancia”. Es sumamente apropiado que Santa Teresita del Niño Jesús fuera proclamada Doctora de la Iglesia, porque ella nos enseña a recordar a Dios y a mantenerlo cerca.

Podríamos concluir con una pequeña historia que la propia Teresita cuenta en su autobiografía acerca de la misma clase de catecismo ya mencionada – la que impartía el Padre Domin. Teresa escribe:

Una vez, la alumna que me seguía no supo hacer a su compañera la pregunta del catecismo. El Sr. abate preguntó en vano a toda la fila de alumnas, hasta llegar a mí, y entonces dijo que quería ver si merecía el primer puesto. Yo, en mi profunda humildad, no deseaba otra cosa, y, levantándome, muy segura de mí misma, contesté a lo que se me preguntaba sin cometer ni un solo error, con gran asombro de toda la clase. (Historia de un alma).

Quizás después de todo lo dicho y hecho, ésta es la verdadera razón por la que Santa Teresita del Niño Jesús ha sido proclamada Doctora de la Iglesia: porque - a pesar de que en la historia de la Iglesia existe mucha gente lista, mucho más erudita -- Teresita es la que recuerda la Verdad y se levanta para decirla justo en el momento en que más necesitamos escucharla, con gran seguridad, con gran asombro de todos los que la escuchan. Es la razón por la que merece su lugar de Doctora de la Iglesia. Es lo que la Iglesia, en su profunda humildad, había estado esperando.

Santa Teresita de Lisieux del Niño Jesús y la Santa Faz, Doctora de la Iglesia, ¡ruega por nosotros!